

EL GRAN ESCALADOR

POR J. B. OLZA

¿No le conocéis? Es un tipo más o menos ideal, pero no importa. Intentaré presentároslo. Su firma es fácil que la hayáis visto en cualquier revista de montaña española o extranjera, esto no viene al caso. Sus artículos suelen llevar indefectiblemente títulos como «Variante parcial de la cara Norte de...» o tal vez «Primera directísima por la Oeste del...» Sí, es un técnico. El escalador más técnico de todos, el de estilo más impecable. Ha abierto numerosas «primeras» a cuál más arriesgada en los Alpes, en las Dolomitas o en el Pirineo. No se desdén a bajar ni tan siquiera al quinto grado; ¡su elemento natural es el sexto! Allí donde las paredes son angustiosamente largas y verticales, donde los agarres son mínimos y las dificultades máximas, allí se desenvuelve el gran escalador con admirable sangre fría y seguridad. Sí, desde luego es uno de los mejores que existen. Es un gran alpinista. ¿Es un gran alpinista? Tal vez lo sea, tal vez no.

Ahora le vemos en un recóndito y modestísimo refugio de alta montaña. El y su «ayudante» llevan varios días escalando en la región; pero aún no han hecho la escalada largamente preparada y que les dará la gloria; la nueva vía, arriesgada y espectacular que nadie se ha atrevido a intentar; pero ellos, mejor dicho El la intentará con éxito, ya lo verán. Una gran temporada lleva preparándose para la gran empresa y mañana... ¡mañana o nunca! Ya está todo preparado: mosquetones y estribos de duraluminio, cuerdas y bagas de perlón, clavijas de todas clases, alimentos concentrados, material de vivac...

Al anochecer, antes de meterse en el saco, se recuesta en el dintel de la puerta. Le fastidia la incomodidad del pequeño refugio y le molesta la conversación de sus moradores: montañeros de yerba y escaladores del tres al cuarto... ¡Bah! En el fondo les desprecia. El gran escalador hace tiempo que levantó en su corazón un templo de oro donde se venera entre almizcle una divinidad: yo.

Mientras las estrellas tintinean y la montaña vela su silencio, el gran escalador piensa... Mañana muy temprano empezará la aventura: ese jugar con el riesgo y la dificultad... Se acuerda de estos días pasados; en el pueblecito del valle contrató una caballería para que subiera las mochilas. ¡Es tan largo el camino! Le fastidian enormemente esas caminatas.

PYRENAICA

para llegar al pie de las paredes. ¿Por qué no estarán al borde de la carretera? Sería más descansado y la gente quedaría admirada con sus proezas. No le importa en absoluto el paisaje ni siente eso que dicen la llamada de la montaña. El la quiere para deshonrarla, para forcejear con ella y vencerla al fin; no la ama, ni tan siquiera la admira. En cada pared sólo ve un problema técnico a resolver, en cada pico una posibilidad de difícil victoria.

Se adentra en el interior y enfundado en el saco se duerme profundamente.

Amaneció. La montaña se alegró una vez más con el canto de la luz. El diminuto refugio recobró la vida también con la actividad de los montañeros. Todos estaban ocupados en preparar el desayuno cuando la puerta desvencijada se abrió y un muchacho muy joven con aspecto de terrible cansancio y las ropas hechas girones se abalanzó en el interior.

—¡Hemos tenido un accidente! Mis dos compañeros resbalaron ayer al atardecer por la pendiente de hielo y están ahora prisioneros en una grieta entre las rocas de junto al Corredor... He gritado y no contestan. No sé si están muertos o viven todavía... ¡Subid de prisa! Yo no puedo tenerme en pie. Tal vez lleguéis a tiempo.

Todas las miradas se dirigieron al gran escalador. Nadie como él podría dirigir el salvamento. Los demás apenas sabían coger una cuerda comparado con su experiencia.

—Lo siento, pero es imposible. Hoy no puedo. Creo que vosotros lo arreglaréis perfectamente; si andáis con dificultades bajad al pueblo y telefonad al grupo de salvamento. Se presentarán pronto. Además no será grave lo de esos muchachos. ¡No sé por qué se han de meter donde nadie les llama! Vámonos.

Y se fue. El desarrollo de este cuento (¿es un cuento?) me gustaría que fuese breve.

El gran escalador y su ayudante lucharon con la pared durante dos días y medio y al fin la vencieron. De vuelta otra vez en el refugio se encontraron con más gente de lo acostumbrado dentro, y una atmósfera extraña. Uno de los montañeros, muy pálido, tenía la cabeza vendada. En un rincón y sobre una de las literas un cuerpo yacía inmóvil tapado con una manta marrón. Sólo quedaban al descubierto las botas de lisa suela de goma, formando un ángulo de noventa grados.

Alguno de los presentes aseguró que de haberle recogido rápidamente podía haber sido salvado. Pero no fue recogido.